

Algunas reflexiones de Rigoberto Lanz sobre la transformación universitaria

Luis Ernesto Navas

La crisis epocal por la que el mundo ha estado atravesando durante las últimas décadas ha penetrado en todos los ámbitos de la sociedad contemporánea. Sociedad del conocimiento, postmodernidad o globalización no son más que interpretaciones de un mundo cambiante que estamos lejos de entender. Y en el marco de estas turbulencias del hacer y del saber, nos topamos con la crisis en los modos de producción del conocimiento que parecieran demandar una reflexión y una acción creativa y alternativa en torno a las instituciones que se suponen encargadas de generar y difundir el conocimiento. De allí las preocupaciones por las reformas universitarias que se están realizando o, bien, por las reformas que necesitamos emprender.

El profesor Rigoberto Lanz ha consagrado buena parte de sus esfuerzos intelectuales a investigar y debatir sobre la epistemología de las ciencias y la teoría social, lo que casi ineludiblemente pasa por el amplio debate que se suscita en torno a la transformación universitaria, donde se ha destacado como miembro del Observatorio Internacional de Reformas Universitarias, así como protagonista de los grandes debates sobre el tema en su calidad de consultor de la UNESCO.

Ante esta trayectoria, hemos querido provocar al Dr. Lanz con algunas pocas preguntas en torno a la agenda de la transformación universitaria, y se ha manifestado de forma diáfana y contundente sobre cada uno de los aspectos tratados. De modo que nos limitamos a presentar sus reflexiones sin añadir nada más.

Luis Navas (LN): ¿Cuál es la naturaleza de la relación universidad-sociedad en el mundo actual?

Rigoberto Lanz (RL): En todos lados la universidad es un aparato de reproducción del *status quo*, lugar donde se prepara la máquina para el trabajo, espacio de legitimación del poder, lugar privilegiado para la reproducción del régimen de verdad dominante. Ocurre que este papel básico se hace disfuncional por la implosión de los modelos tradicionales, por la

dificultad de la vieja universidad de ponerse a tono con el postcapitalismo. De ese modo, la relación universidad-sociedad se vuelve problemática: para producir el conocimiento que demanda el mercado, para preparar la fuerza de trabajo en ambientes laborales en mutación. La tragedia es doble entonces: las universidades se reducen al docentismo, y su enseñanza es cada vez más anacrónica. Las universidades corporativas, la autoformación, la emergencia de nuevas profesiones, son síntomas del quietismo de los viejos modelos que viven agónicamente su peculiar “fin de la modernidad”. No es para menos: la modernidad educativa ha muerto (aunque los educadores no se hayan enterado), la universidad moderna hace aguas, las salidas pragmáticas tipo “Boloña” no hacen sino prolongar esa agonía. No hay más opción que un cambio radical de paradigma, una completa transformación del concepto mismo de universidad. Por lo pronto es importante constatar que la universidad no se está transformando (salvo ejercicios menores de reingeniería).

LN: La transformación universitaria es un debate, pero ¿es solamente un debate o hay algo más que eso?

RL: Es un debate —a veces, un simulacro de debate— que pone en juego diferentes concepciones de la educación y la sociedad, y que, sobre todo, coloca en escena intereses que a la postre son los verdaderos obstáculos para que allí ocurra algo interesante. Es un debate fundamental porque sin este recurso terminaríamos imponiendo directrices a la fuerza. Lo es también porque sin pensamiento transformador no hay transformación. En este punto arrastramos confusiones y malentendidos de todo género. No se cambia la universidad con puro voluntarismo, eso es obvio. Tampoco habrá cambios por la mera heurística de las ideas (cómo estaremos de mal que ni siquiera una agenda tan sensata como la de UNESCO ha sido posible implantar en estas últimas dos décadas).

También la transformación se bate en los escenarios concretos de cada región o país (desde China a Venezuela). Hay esfuerzos de todos los calibres, todos en tránsito y todavía con modesta incidencia en el marasmo realmente existente. Todavía andamos en idioteces como la “modernización” universitaria (léase: conserjería técnica y maquillajes múltiples) y más recientemente en la gimnasia típica de la universidad tradicional: cambio de currículo (ahora bajo el frenesí de la majadería de moda, vale decir,

“currículo por competencias”). En los pocos lugares del mundo donde hay alguna agenda interesante de cambio universitario (China, por ejemplo), son muy escasos los experimentos de cambios profundos que valga la pena reseñar. En Venezuela hay una atmósfera muy propiciante para los cambios. Las líneas de acción que se adelantan van en ese camino, pero a un ritmo y con tales resistencias que no puede esperarse mucho en el corto plazo. El tiempo transcurrido en más de una década de lucha por la transformación universitaria es francamente desalentador. El esfuerzo mayor por la inclusión y la equidad no ha garantizado —al mismo tiempo— cambios de fondo en el sistema de educación superior (nótese que ni siquiera hemos logrado, en este largo trecho, contar con una ley de universidades medianamente decente). Lo que estoy insinuando es que con los métodos empleados hasta ahora para una revolución universitaria no iremos muy lejos (me remito a los hechos).

LN: ¿Qué diferencias podemos observar entre la universidad de la segunda posguerra y la universidad de la actualidad? ¿Qué pautas han guiado estas transformaciones?

RL: El amigo Cristovam Buarque dice frecuentemente (ver: “Universidad sin fronteras”) que la universidad lleva mil años haciendo lo mismo. Desde luego que hay bastante reingeniería en países y regiones que dan cuenta de los tiempos que corren, sobremanera, en el terreno de los equipamientos y los estilos de gestión. Pero nada de ello toca fondo. El paradigma se reacomoda tibiamente pero sin cambios verdaderos.

LN: ¿Qué papel cree usted que debiera jugar la universidad en el mundo actual?

RL: En la hipótesis optimista de una universidad radicalmente transformada, podríamos esperar que el pensamiento vuelva por esos predios (de los que hace rato se marchó). Un campus —virtual o “real”— habitado por auténticas comunidades académicas supondría un dinamismo donde la producción de saberes y el debate de ideas constituirían el vector principal que da sentido a esos espacios, a su organización, a sus modalidades de gestión (sin rectores, sin facultades, sin escuelas, sin terrorismo científico, sin docentismo, sin burocratismo). Allí convivirían sin rollo los más elevados estándares de especialización científica, con epistemologías posmodernas y campos de creatividad estética de primera. La formación

sería un subproducto del metabolismo intelectual de la gente que está allí para pensar (y sólo para pensar): investigando, formulando las buenas preguntas, dialogando fecundamente con los grandes problemas del mundo y del país, debatiendo siempre todo cuanto allí acontece, cultivando el espíritu a través de todas formas.

LN: ¿Cómo valora usted la transformación de las universidades en Venezuela durante los últimos años? ¿Qué diferencias observaría entre universidades autónomas, experimentales y privadas?

RL: En parte ya he aludido a este asunto. Agregaría que todo el sistema universitario venezolano tiene en común la crisis de fondo que liquida el modelo de la modernidad educativa. A partir de allí se singularizan las experiencias con sus cargas propias de problemas y potencialidades. Aparte de las obvias diferencias funcionales entre tipos de universidades y la distinción neta entre el papel del Estado en este ámbito y el papel del negocio educativo, todo este bosque institucional adolece del mismo síndrome de inviabilidad histórica, de depasamiento de época, de agotamiento, de deriva estructural. A estos efectos resultan irrelevantes la diferencias que podrían anotarse entre éste o aquél grupo de universidades.

LN: ¿Cómo valora usted la vinculación entre las distintas universidades y los proyectos políticos de la Venezuela contemporánea?

RL: Esos vínculo son problemáticos en cualquier hipótesis. Mi tesis es esta: el Estado debe contar con plataformas de investigación y de formación directamente manejadas como órganos de Estado y entes de gobierno. De allí el conocimiento pertinente para alimentar sus políticas públicas, para la solución de problemas inmediatos, para la formación de su personal. Esas no son “universidades” sino instituciones académicas *ad hoc* (como IVIC, IDEA, etc.). Por otro lado, un sistema universitario enteramente autónomo que define su perfil democráticamente, algunas con vocación tecno ingenieril, otras con vocación socio humanística, etc. En estas los gobiernos no tienen ninguna ingerencia y sólo han de procurar su adecuado financiamiento. Un modelo de este tipo resuelve por sí solo buena parte de los atascos del actual sistema. Los “proyectos políticos” aparecerán en la medida en que son ideas en debates, visiones en disputa.

LN: ¿Estamos asistiendo en Venezuela a la consolidación de un modelo universitario clasista?

RL: Eso siempre existió. Clasista es casi todo, por más que se disimule: es la salud, la seguridad, la vivienda, la educación. Mientras clases haya, ello se reflejará en todos los espacios. Ese fenómeno persiste en la actualidad por la sencilla razón de que estamos en una transición donde predomina el capitalismo de Estado. Desde luego, en términos proporcionales, ese fenómeno se encuentra hoy en día disminuido por el alcance de las políticas de inclusión.

LN: Se habla mucho de la universidad que queremos o de la universidad que necesitamos, pero ¿desde qué perspectiva se habla? ¿Quién es el sujeto de esos deseos y esas necesidades?

RL: Esos arquetipos reflejan bien las manipulaciones discursivas de las élites dominantes. Siempre hay un “nosotros” agazapado que no quiere decir su nombre porque se delata (es lo mismo que las falacias del “desarrollo del país”, el “progreso”, la “familia nacional” y pistoladas parecidas). Detrás de ese “nosotros” siempre ha estado el poder. Cosa diferente ocurre hoy en día, pues la multitud ahora tiene voz, y ya no puede ser expropiada impunemente. Hay un nosotros en construcción que está determinado por otras relaciones de fuerza, por nuevos empoderamientos, por una disputa palmo a palmo con los poderes constituidos: ese es el poder popular en construcción, el movimiento constituyente que se instala progresivamente (no sólo frente a la burguesía sino también frente al Estado que al final es su límite). Desde allí “la universidad que queremos” adquiere otro sentido porque se postula desde la multitud.

LN: ¿Para qué la transdisciplinarietà? ¿La transformación universitaria implica necesariamente la transdisciplinarietà y el pensamiento complejo?

RL: Desde luego que sí, eso es lo mínimo que podríamos esperar: que el pensamiento que piensa la universidad y el pensamiento que bulle en su interior estén animados por una mirada transcompleja. De allí en adelante se disparan todas las posibilidades: epistemológicas, sociopolíticas, ético estéticas. No se trata de un adorno discursivo sino de una condición

sustantiva que cambia radicalmente el lecho cultural de la universidad moderna.

LN: Siendo que las universidades del mundo presumen de grandes resultados bajo un modelo organizacional jerárquico, ¿para qué queremos una universidad democrática?

RL: La universidad ha de ser democrática en sus tuétanos, para evitar la deriva de un departamento de “recursos humanos” de las transnacionales. Los modelos jerárquicos están condenados en todos los espacios. Estas sobrevivencias son enfermedades del espíritu que se mantienen temporalmente por las leyes de la inercia. Claro está, hablo de otro tipo de democracia que no se reduce a “elecciones” ni a las ficciones de la “representación”. La sociedad que viene será democrática de todas maneras, no por algún automatismo de la historia sino por la conquista de la gente que se bate contra todas las formas de dominación.